

los hubo, llamado Durand; y este fué en nombre de su sobrina á verse con el Sr. de Baudricourt, de quien fué muy mal recibido y peor despachado con la declaracion de que la Doncella era una loca, y el consejo de reintegrarla en poder de sus padres, despues de corregirla manualmente como merecia.

La Doncella, empero, siempre por sus visiones estimulada, lejos de darse por vencida ante el brutal arranque del capitan, exclamó:

— Yo le veré; yo le hablaré; y él me escuchará.

Y el pobre del tio, no acertando á resistirse á tanta obstinacion, no tuvo mas recurso que acompañarla á Vaucouleurs, donde Juana, todavía con su místico, grosero, y rojo trage de campesina, presentóse en casa de Baudricourt y dijole resueltamente:

— Señor Capitan: vengo á vos de parte de Dios para preveniros que aconsejéis al *Delfin* (Carlos VII) que se mantenga y defienda á todo trance; y sobre todo que no ofrezca la batalla á sus enemigos, porque el Señor le socorrerá al mediar la Cuaresma.

Luego añadió:

— Porque á pesar de sus enemigos el Delfin será Rey, y yo soy quien ha de llevarle á consagrar.

Atónito el capitan del aplomo y confianza con que le hablaba la muchacha misma á quien poco antes juzgaba solo digna de alguna correccion manual, hizo llamar al Cura del pueblo para consultar con él tan extraño caso: pero el sacerdote no menos perplejo que el soldado, no supo acertar con otro expediente que el de intimar á Juana que se retirase si era el enemigo comun quien la enviaba.

Dudaba el capitan, y dudaba el Cura: mas no así el pueblo en su fe mas sencillo; y de todas partes corrian las gentes para ver á la inspirada Doncella. Entre los visitantes, cierto caballero dijole:

— ¿Conque por lo visto, buena moza, perderá el Rey su corona, y tendremos que hacernos todos Ingleses?

— Así será, respondió Juana, si el Sr. de Baudricourt me estorba que llegue hasta el Delfin. — Dichosamente nadie puede estorbármelo, y antes de mediada la cuaresma he de verme en su presencia, aunque para ello haya de quedarme sin piernas. — Y sin embargo (añadió melancó-

licamente), pluguiérame mas quedarme á hilar al lado de mi madre, que no es propio de mi estado ni conviene á mi sexo acaudillar guerreros: salgo de mi casa y pelearé porque así lo ordena mi Señor.

— ¿Y quién es vuestro Señor? preguntó el caballero.

— ¡Dios! repuso humilde la Doncella.

Con lo cual enternecido su interlocutor exclamó asiéndole la mano:

— A fe de caballero, Juana, si el capitan Badricourt se niega á llevaros, yo con la ayuda de Dios os acompañaré en persona á la presencia del Rey.

Commovido á su vez el capitan por tanta perseverancia, envió por fin á pedir al Rey su venia para presentarle la Doncella. Vacilaba Carlos: pero la Reina Yolanda de Anjou, venció su repugnancia, con el auxilio sin duda de la gran derrota que, sobre tantas, acababan de sufrir los Franceses en Harengs.

Los vecinos de Vaucouleurs, que tenian gran fe en Juana, escotaron para regalarle un caballo que costó diez y seis francos; y la liberalidad del capitan Baudricourt se extendió á hacerle don de una espada.

Era pues la santa y noble criatura que hemos descrito la esperada en Chinon, vencida la repugnancia del Rey á recibirla, con una pompa calculada acaso para desconcertar á la humilde aldeana.

Recibiósela de noche en un salon iluminado por cincuenta antorchas, á cuyo resplandor ostentaban sus galas hasta trescientos Señores y Caballeros que componian entonces el séquito de Carlos VII. Este, cediendo su puesto á un cortesano que ocupaba el trono, estaba confundido con el resto de la concurrencia, participando como todos de la ansiedad con que generalmente se esperaba á la que ya unos llamaban la *Hechichera*, mientras que otros la *Inspirada*.

Nuestra heroína entró serena pero modesta cual convenia á una pobre pastorcilla, y dejando á un lado el trono, con un significativo movimiento de cabeza al pasar delante, buscó y halló en medio de la muchedumbre cortesana al verdadero Rey, hincando ante él la rodilla y diciéndole:

— Dios os otorgue larga y gloriosa vida, gentil Delfin.

— Os engañais, Juana, (respondió Carlos), yo no soy el Rey; lo es el que está sentado en el trono.

— Por Dios santo (repuso la Doncella) no queráis engañarme, Príncipe mio; Vos sois el Delfin, Vos y no ningun otro.

Un murmullo universal de asombro se hizo oír en la concurrencia; y Juana prosiguió:

— ¿Porqué no me dais crédito, gentil Delfin? Yo digo á Vuestra Alteza, y tenga fe en mis palabras, que el Señor se ha apiadado de Vos y de vuestro reino, porque San Luis y Carlomagno están de hinojos ante su trono orando por Vos. Y además, Señor, yo os diré, si os place, tales cosas que conozcáis que debéis creerme.

Carlos entonces, llevándosela á un oratorio vecino á la Sala del Consejo en que la habia recibido, dijole.

— Ya estamos solos, Juana; habla.

— No pido mas, Señor, contestó ella; pero, si os digo cosas tan secretas que solo Dios y Vos podais saberlas, ¿tendreis en fin confianza en mí, y creereis que es el Dios del Cielo el que me envia?

— Sí, Juana; le respondió el Rey.

— Pues bien, Señor, prosiguió la Doncella, el último dia de Todos los Santos, estando solo en vuestra capilla del castillo de *Lodges*, ¿no pedisteis á Dios tres gracias?

— Así es la verdad, Juana; acuérdomme de ello perfectamente; contestó Carlos.

— ¿Habeis revelado á alguien, á vuestro confesor siquiera, lo que entonces pedisteis?

— Nunca.

— Pues bien, Señor, yo voy á deciros qué tres gracias fueron las que de Dios solicitásteis.

La primera fué pedirle á Dios que, si no érais el legítimo heredero de la corona de Francia, os privara del valor necesario para proseguir la guerra que tanto oro y tanta sangre está costándole á vuestro desdichado reino.

Pedisteis, por segunda gracia, que si las calamidades que están asolando la Francia, procedian de vuestras culpas y pecados, se dignara el Señor indultar al misero pueblo que está inocente de ellos, y recayera en Vos solo todo el castigo, aunque este fuera una penitencia perpetua ó la muerte misma.

Solicitásteis, en fin, Señor, que si era el pueblo quien ante Dios habia pecado, se dignara el Omnipotente recibirlo á misericordia, apiadándose de sus padecimientos y poniendo término á las amarguras y tribulaciones que doce años ha le vienen abrumando.

Oidas esas palabras quedóse el Rey por largo espacio meditabundo, bajando unas veces, para meditar, la cabeza; y levantándola otras para fijar la vista en la Doncella: mas al cabo exclamó:

— Verdaderamente, Juana, estais por Dios inspirada; pues cuanto habeis dicho es cierto.

Quedó, pues, convencido el Rey: mas como eso no bastaba, hizo Dios un milagro para que lo quedaran los demás tambien.

Al salir Juana del Consejo, un soldado, hombre grosero y brutal á quien le pareció bella, dejóse ir sin freno á expresar su mal pensamiento con licenciosas palabras y un sacrilego juramento.

— ¿Cómo te atreves, desdichado (exclamó la Doncella con tristeza), á renegar así de tu Dios, estando tan cercana la hora de tu muerte?

Pocos instantes despues, llevando su caballo al abrevadero, cayó al agua el blasfemo y ahogóse en efecto.

No satisfecha aun con tal prodigio la general incredulidad congregó el Arzobispo de Rheims, Canciller de Francia, una Junta de Doctores y Maestros en Teología, con otros varios eclesiásticos á fin de examinar á Juana que, al efecto, compareció ante ellos, como un reo ante sus Jueces, y fué minuciosamente interrogada. Al oír los Doctores la relacion de las varias visiones de nuestra heroína, arguyóla un Dominico de esta manera:

— ¿No decís, Juana, que Dios quiere libertar la Francia?

— Sí lo digo, respondió la preguntada.

— Pues si tal es la voluntad de Dios, prosiguió el fraile, para que se cumpla no ha menester soldados.

— Los soldados, dijo la Doncella, pelearán: pero Dios será quien les dé la victoria.

— ¡Está bien! exclamó convencido el Dominico.

Mas descontentadizo que el primer argumentante, cierto Lector de Teología en la Universidad de Poitiers, preguntóle en el abominable dia-

lecto de la provincia de que es capital aquella ciudad, qué lengua hablaba la vision celeste.

— Mejor que la vuestra, contestó Juana; con lo cual, furioso el Teólogo replicóle:

— Dios no puiere que creamos en tí, á menos de que nos muestres un signo evidente de su inspiracion.

— Yo no he venido aquí (le repuso la heroína) á obrar prodigios: el signo que daré de mi inspiracion será hacer levantar el asedio de Orleans: que me den soldados; marcharé á su frente; y los Ingleses levantarán el sitio.

Doctores, Jueces y Abogados acabaron por decir al Rey llorando como mugeres:

— Seguid, Señor, los consejos de esta Virgen; porque verdaderamente creemos que Dios es quien la envía.

No habia tiempo que perder: Orleans ponía el grito en el cielo pidiendo socorro; y Dunois, defensor de la ciudad, enviaba correo tras correo para que le mandasen á Juana, en quien habia persuadido á los sitiados que su salvacion estribaba.

La personal comitiva de nuestra heroína componíase de un valeroso caballero de los del sequito del Conde Dunois, ya de cuarenta y cinco á cincuenta años de edad con el nombre de escudero, su nombre Juan Daullons; un page; dos heraldos; un maestresala; dos mozos de á pié; su hermano Pedro; y un confesor, Fray Juan Pasquerel, ermitaño del orden de San Agustin.

Dijimos á su tiempo que el capitán Baudricourt habia hecho don á Juana de una espada; mas no quiso servirse de ella, diciendo que solo debia servirse de un acero bendito, ó mas bien determinadamente de una *tizona* que dijo se hallaria, y se halló en efecto, enterrada detrás del altar de Santa Catalina en Fierbois.

Así provista ya de cuanto habia menester partió Juana armada de punta en blanco, como novel caballero sin adornos ni divisas, gineta en un negro corcel, ceñida la espada de Santa Catalina; pendiente el casco del arzon de la silla para que se viese su dulce femenino rostro; en

la una mano una hacha de armas; y en la otra un estandarte blanco sembrado de flores de lis, y en el cual, Dios con el mundo en la mano, y á cada uno de sus lados un Angel con la flor de lis, era el único blason, pero magnífico y piadoso blason que se ostentaba.

— No quiero, decia Juana, servirme de la espada para matar á nadie; y aunque estimo mucho mi espada, prefiero mil veces mi estandarte.

Al pasar delante de la iglesia clamó en voz robusta aunque de femenino timbre:

— Sacerdotes y Clérigos: haced procesiones y orad á Dios; y vosotros, hombres de armas, adelante; adelante, que voy á hacer levantar el sitio de la noble ciudad de Orleans.

Advertido Dunois de su llegada salió á recibirla, y ella conociéndole, como al Rey habia en Chinon conocido, adelantose hasta él y dijole:

— Os traigo, ilustre bastardo, el mejor de los socorros que á hombre nacido se mandó nunca; el socorro del Rey de los Reyes.

El 23 de Abril de 1429 entró en la ciudad sitiada la Doncella; el 5 de Mayo siguiente ya el sitio estaba levantado, y los Ingleses en completa derrota. Juana prohibia seguirles el alcance: pero dispuso que, estando aun el enemigo á vista de las murallas, se alzase en ellas un altar y allí se celebrara una misa. Los vencidos pudieron ver al pueblo dando gracias á Dios de haberlos por mano de una muger humillado. Carlos hizo su entrada solemne en Rheims el 15 de Julio y fué consagrado el domingo 17 del mismo mes; la Doncella que hasta entonces le llamara siempre *gentil Delfin*, llamóle siempre Rey en adelante. Y en efecto, segun las creencias de aquellos tiempos, solo desde aquel momento era verdaderamente Rey, y siéndolo, tambien el único legítimo. Poco importaba ya que los Ingleses hiciesen consagrar á su Enrique; el ungido Normando no pasaria nunca de ser una parodia del verdadero Monarca.

Terminada apenas la ceremonia de la consagracion de Carlos VII, arrojóse á sus plantas, bañada en amargo llanto la Doncella, y dijole:

— ¡Oh mi buen Rey! Ahora está ya cumplida la voluntad de Dios que me ordenó levantar el sitio de Orleans y conducirnos á Rheims para ser ungido, á fin de á todos fuera notorio que á Vos os pertenece solo el reino de Francia: dejadme, pues, ya que hice lo que era la voluntad del

Señor que hiciese, dejadme partir, ó sin duda me acontecerá alguna desdicha.

Mas desoyendo el Rey sus ruegos guardóla junto á sí mal que á ella le pesara; y en efecto acontecióle á Juana una terrible desdicha; pues que á principios del año de 1430, fué delante de Compiègne hecha por los Ingleses prisionera.

Apenas se vió cautiva comprendió Juana cuál iba á ser su suerte: verdad es que aun antes la presentia. Así, cuando el Rey se obstinó en que á su lado permaneciese decíale á menudo:

— Empleadme, Señor, que duraré solo un año ó poco mas.

Y muchas veces solía tambien decirle á su confesor Fray Juan Pasquerel:

— Encargadle al Rey, padre mio, que funde capillas en sufragio por las almas de los que mueran en defensa de su reino.

La víspera del día en que habia de caer en manos de sus enemigos, despues de comulgar en la iglesia de Santiago de Compiègne, apoyóse melancólicamente contra uno de los pilares del templo, y dirigiéndose á las buenas almas y á los niños que en gran número allí estaban, apostrofóles de esta suerte:

— Mis buenos amigos y queridas criaturas: en toda verdad os digo que hay un hombre que me ha vendido, y que pronto será á la muerte entregada. Rogad, os suplico, rogad á Dios por mí, que de hoy mas no podré ya servir ni al Rey, ni al noble reino de Francia.

Al escuchar tales palabras prorumpió la muchedumbre en lágrimas y sollozos, pidiendo á Juana que nombrase al traidor si le conocia para que de él se hiciese pronta justicia: pero la Doncella, sin darles otra respuesta que un melancólico gesto, salió del templo para regresar á su posada hasta cuyas puertas la siguieron cuantos la habian oido, deteniéndose allí largo tiempo con la esperanza de verla aun otra vez.

Nuestra heroína pasó el resto de aquella triste jornada en oracion, como el Salvador sobre el Monte Olivete, bebiendo sin duda tambien el amargo cáliz que por algun Angel le seria llevado. Al siguiente día, conforme á las órdenes que ella misma habia dado á su huésped, presentóse

sobre las cuatro de la tarde Pothon, un soldado de Borgoña, á anunciarle que la gente estaba ya dispuesta para seguirla, segun lo convenido, en una salida contra el enemigo.

Vestida estaba Juana como de costumbre, esto es, armada como un caballero de punta en blanco, con una sobrevesta de terciopelo carmesí, y ceñida una formidable tizona conquistada en Lagny á un Borgoñon; porque habiéndosele roto la espada de Santa Catalina de Fierbois, no quiso desde entonces servirse mas que de las que á los enemigos tomaba y de su hacha de armas. Así aderezada, y montando á caballo tomó el estandarte de manos de su escudero, hizo una ó dos veces la señal de la Cruz, y recomendando de nuevo á los que la miraban que rogasen á Dios por ella: — Marchemos! dijo á Pothon, y partiendo á galope, cayó en la llanura, como un rayo, hiriendo en los cuarteles del Señor de Noyelles, precisamente en el momento que Juan de Luxemburgo con algunos de sus ginetes acababa de llegar á ellos para observar la ciudad desde mas cerca.

Lo completamente inesperado de aquella salida hizo terrible su primer efecto: serpididos é inermes los soldados del Señor de Noyelles, solo Juan de Luxemburgo á la cabeza de sus ginetes pudo oponer la resistencia indispensable para dar lugar á que le llegase el socorro que un mensajero partió á pedir en sus propios cuarteles, corriendo á rienda suelta. Entre tanto el escuadron francés acuchillaba implacablemente cuanto se le oponia, penetrando hasta el alojamiento de Sir Jhow Montgomery: mas como en consecuencia resonara el clamor de: ¡La Doncella! ¡la doncella! (1); de uno á otro extremo del campamento, cuantos en él eran acudieron presurosos á las armas, y en breve los de la plaza viéndose acometidos en diferentes direcciones por escuadrones diversos, cada cual diez veces en fuerza superior á la propia, hubieron de resolverse á emprender la retirada. Como en el ataque habia sido la primera, combatió Juana siempre á retaguardia de su reducida falange durante el mo-

(1) Nuestros antiguos escritores, los Españoles, acostumbran á llamar á Juana de Arc ó de Arca, como ellos dicen, generalmente la *Doncella* castellanizando así la voz francesa *Pucelle*: pero como esta significa literalmente *Doncella*, no veo necesidad de servirme del señalado y viejo neologismo. (N. del T.)